



Historia

ISSN: 0073-2435

revhist@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile
Chile

RODRÍGUEZ FREIRE, RAÚL

IVÁN JAKSIC, Rebeldes académicos. La filosofía chilena desde la Independencia hasta 1989

Historia, vol. I, núm. 47, enero-junio, 2014, pp. 1-6

Pontificia Universidad Católica de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=33431442015>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

RESEÑAS

IVÁN JAKSIĆ, *Rebeldes académicos. La filosofía chilena desde la Independencia hasta 1989*, Santiago, Universidad Diego Portales, 2013, 386 páginas.

Frente a la centralidad que, a partir de 2011, ha cobrado en Chile el debate sobre la universidad, libros como el que hoy reseñamos tienen la vitalidad de recordarnos que las ideas no deben obliterarse cuando se trata de pensar el lugar de la universidad, tarea hoy todavía más urgente, si reparamos en que hemos estado presenciando una discusión que ha terminado reduciendo lastimosamente lo que podríamos llamar “problemática universitaria”, a cuestiones de presupuesto, pues incluso la detenida discusión de los últimos meses acerca de lo público y lo privado no ha logrado sus- traerse a este *impasse*. Que *Rebeldes académicos*, aparecido originalmente hace más de veinte años, tenga todavía la fuerza para llevarnos a pensar sobre la “idea de uni- versidad”, es un mérito que ni siquiera logran debidamente varios de los libros que en los últimos dos años se han publicado al respecto.

Publicado en inglés en 1989, la reciente aparición en español de *Rebeldes académicos* coincide, posiblemente no por casualidad, con un momento relevante en la historia de la Universidad en Chile, a la vez que entronca con la republicación de un conjunto de obras y firmas que son centrales en el libro de Iván Jaksic, como son Jorge Millas, Valentín Letelier y Enrique Molina, por nombrar tres de los filósofos más importantes por él tratados. Su primera edición llamó la atención de historiadores tan relevantes para nuestra historiografía como Paul Drake y Simon Collier, que lo reseñaron en las principales revistas del campo; pero en ningún caso se debe consi- derar a *Rebeldes académicos* como un libro dedicado exclusivamente a especialistas, pues los problemas que aborda debieran interesar prácticamente a todo aquel que se preocupe por el devenir de las humanidades. Empero, reseñar un libro que tiene casi veinticinco años entraña algunas particularidades, como por ejemplo, la pertinencia del método empleado, así como su perspectiva, cuestiones que pueden circunscribir- se a la llamada historia de las ideas, dado que esta ha sufrido bastantes alteraciones desde entonces.

En este mismo sentido, las pequeñas pero significativas diferencias entre el libro original y su traducción llaman la atención; pero al no haber noticias que expliciten su variación, queda un espacio para la conjetura que no conviene realizar y quizá lo más apropiado sea tan solo dejar su constancia. Me refiero al pequeño prefacio que abre *Academic Rebels in Chile*, pues en él se comprende el interés de Jaksic por la filosofía: “el principal foco de este libro” —se señala en aquel texto— “no es cómo la lógica o la metafísica chilenas se comparan con la lógica y la metafísica de otras partes, sino más bien cómo los académicos chilenos han usado las herramientas de la

filosofía para encarar temas de relevancia nacional”¹. Tal afirmación tiene lugar poco después de que el prefacio abriera refiriéndose al golpe de Estado de 1973 y a la experiencia de encontrarse con uno de sus estudiantes en un campo de concentración –Tres Álamos– el día en que fue a visitar a su “profesor de filosofía y mentor”, Juan Rivano; un dato que posiblemente explique por qué este filósofo es el que recibe mayor dedicación.

El libro en español, por su parte, comienza con una presentación realizada por Jorge J. E. Gracia, quien se encarga de situar *Académicos rebeldes* en la extensa y ahora aplaudida carrera del autor, cuya obra no duda en considerar como “emblemática en la historiografía de las ideas latinoamericanas” (p. 18). Sigue a este texto introductorio una pequeña nota en la que Jaksic explicita su interés por mantener la integridad original del libro, que se extiende, como reza el subtítulo, “desde la Independencia hasta 1989”, pues lo acontecido después de aquel año requeriría de un estudio aparte.

Seis capítulos articulan entonces *Académicos rebeldes*, cada uno encargado de un periodo histórico determinado, y tratados a partir de una lógica lineal que permite hilvanar el devenir dominante y tradicional de la filosofía en Chile. Recalamos “dominante”, dado que, como veremos más adelante, no toda la filosofía y su historia ha sido aquí rastreada; hacerlo habría requerido posiblemente otro tipo de trabajo u otro libro, pero lo que este recoge es suficiente para mostrar el lugar que la filosofía ha tenido en la historia del país, de manera general, y en la historia de la universidad, con mayor propiedad; pues como muestra muy bien Jaksic, si ha habido una disciplina preocupada por su devenir, esa no ha sido otra que la filosofía. Pero esta disciplina no solo ha reflexionado sobre el lugar que la acoge, pues, como se señala en la introducción, su estrecha relación con la política le permitió dotarse de las herramientas requeridas para comprender incluso “algunos de los hechos políticos y educacionales más importantes de la nación” (p. 22). Se trata de una cuestión que inmediatamente revela su centralidad: “Desde bien comenzada la vida independiente de Chile, la filosofía no era simplemente una disciplina en un plan de estudios diversificado; más bien era la fuerza principal de la creación y la transformación de las instituciones de educación superior chilenas a lo largo de su historia”. Tal relevancia, afirma Jaksic, ya se encontraba en la época colonial, como también “en la idea generalizada de que los ideales de la filosofía eran también los ideales de la universidad” (p. 25). Solo así se explica que la filosofía haya sido el vehículo principal para abordar los problemas más acuciantes de los respectivos tiempos; nada casual si se piensa que ella contribuyó en gran medida a “formar a los profesionales, políticos e intelectuales chilenos” que, por lo menos durante todo el siglo XIX y, en bastante menor medida, durante el siglo XX, dieron cuerpo a lo que Ángel Rama llamó hace ya un tiempo “ciudad letrada”, la encargada ni más ni menos que de gobernar el país.

Por otra parte, y antes de entrar en la descripción de sus capítulos, se requiere dar cuenta de la distinción, se diría que casi weberiana, con que Jaksic enfrentó y

¹ Iván Jaksic, *Academic Rebels in Chile: The Role of Philosophy in Higher Education and Politics*, Albany, State University of New York Press, 1989, xii.

asumió el estudio de su objeto, pues ella es “la cuestión de fondo de este libro”: “el desarrollo de la filosofía chilena puede ser entendido en términos de la tensión entre aquellos filósofos que han considerado que la disciplina es un instrumento para el análisis y el cambio de la sociedad, y aquellos que conciben que la filosofía es, ante todo, una disciplina académica que, aunque se encuentra afectada por grandes cambios sociales y políticos, depende de su propia evolución histórica para nutrirse y desarrollarse. Los términos ‘críticos’ y ‘profesionalista’, respectivamente, se utilizarán para referirse a los filósofos que han llevado a cabo estos puntos de vista divergentes sobre la disciplina” (p. 27). Los primeros son aquellos que ven en la filosofía una herramienta con la cual contribuir a “dilucidar los problemas de la nación” y actúan, en consecuencia, tratando de intervenir directamente en lo social. Mientras que entre los segundos se encuentran quienes creen en la objetividad, razón por la cual deben restarse de los asuntos cotidianos si es que se quiere mantener “la universalidad de la disciplina” (p. 27). Como vemos, se trata esta de una tensión que bien puede ser definida desde términos alguna vez esgrimidos como antagónicos: el político y el científico; pero el siglo XX, muestra Jaksic, dificultará la posibilidad de una distinción tan marcada.

El primer capítulo se titula “Filosofía y secularización, 1810-1865” y aborda la relación fundante entre el Estado nacional emergente y la Iglesia Católica, relevando particularmente la cuestión de la tolerancia religiosa, dado que el catolicismo era la religión nacional según la Constitución. Empero, pese a que el arco temporal se articula a partir de los primeros años de la independencia y concluye con la muerte de Andrés Bello, la relación con la Iglesia será una constante de todo el siglo XIX. Jaksic traza aquí un pormenorizado recuento de las principales ideas filosóficas en discusión, así como los títulos y firmas (nacionales e internacionales) que circulaban en la escena local, que verá florecer a conservadores y liberales. Aunque quizá el hecho más relevante de este periodo sea la fundación de la Universidad de Chile, pues fue desde este espacio que Bello logró difundir robustamente sus ideas filosóficas, logrando así “determinar el curso del desarrollo filosófico” (p. 80), por lo menos hasta su muerte.

El segundo capítulo está marcado por el sino del positivismo y el declive de la influencia religiosa. “La era del positivismo”, que va desde 1865 hasta 1920, tuvo como su primer intelectual orgánico a José Victorino Lastarria, quien luego de abjurar de Jeremy Bentham, abrazó las doctrinas de Auguste Comte. En su primera etapa, la libertad de enseñanza y la institucionalización de la ciencia son los acontecimientos más destacados, pero no será sino hasta que Valentín Letelier entre en escena, que el positivismo logrará desarrollar toda su potencia, llegándose incluso a aplicar la famosa teoría de los tres estadios a la educación (p. 112). Ello en virtud de que, como señala el autor, “las fuerzas teológicas y metafísicas luchaban por prevalecer en la política y la educación” (p. 113). Por tal razón, no resulta extraño que en esta época la filosofía haya sido asaltada por el carácter científico y educacional dominante, aminorando bastante su radio de influencia.

El capítulo siguiente puede ser definido a partir de la reacción contra el positivismo, cuya doctrina se había apoderado prácticamente de todo el continente. El pe-

riodo en cuestión va desde 1920 hasta 1950, años que vieron resurgir, desde la cuna misma de aquel sistema dominante, el Instituto Pedagógico, una filosofía crítica que se enfrentó a “lo que consideraron los efectos sofocantes del cientificismo” (p. 137). El nombre relevante de este momento es Enrique Molina, “integrante de la primera promoción de graduados del Instituto Pedagógico en 1892” (p. 139) y quien logrará reemplazar la importancia del positivismo por su antítesis, la metafísica, iniciándose así una escuela que, centrada en la espiritualidad humana, se extenderá por varias décadas. Este periodo se caracteriza, sobre todo, por la institucionalización profesional de la disciplina, volviéndola altamente especializada, como también por la emergencia de un nuevo actor político que acompañará el resto de esta historia. Se trata de la izquierda chilena, la que, junto a liberales y conservadores, hará de lo político un actor ineludible, tal como antes lo había sido la preocupación religiosa.

“Institucionalización y crítica del profesionalismo filosófico, 1950-1968” se titula el cuarto capítulo. Durante los primeros años de este periodo, la política no logró, como antes lo hiciera la religión, afectar el deseo institucional de la filosofía, pudiendo alcanzar, en consecuencia, una autonomía de la cual la disciplina no había gozado previamente. Ello le permitió elaborar un fuerte “argumento aparentemente apolítico con el cual defender la universidad y la disciplina de las interferencias políticas” (p. 191). Y así como el positivismo dio lugar a su propia reacción, de la misma manera el sueño del pensamiento incontaminado encontró sus propios e internos críticos, asistidos por las posteriores reformas y revueltas que, en conjunto, remecieron a todas las disciplinas. De manera que, en estos años, vemos aparecer una fuerte polarización del campo filosófico, eje articulador del presente capítulo, del que resalta Juan Rivano y el desarrollo de su crítica dialéctica.

El quinto capítulo lleva por título “La filosofía y el movimiento de reforma, 1960-1973”. El traslape con el periodo anterior nos indica inmediatamente la complejidad de este momento, situación que terminó obligando a los filósofos, generalmente contra sus deseos, a abandonar la torre de marfil que hacía pocas décadas habían logrado construir. Uno de los acontecimientos sociales más relevantes aquí fue la politización de la universidad, con la reforma universitaria como hecho central, evento que pronto sería asistido por el triunfo electoral de la Unidad Popular. Bajo este escenario, que implicó “un notorio declive de la producción filosófica” (p. 279), Jaksic señala que las respuestas desarrolladas fueron tres: 1) Se desconsideró lo que acontecía fuera de la filosofía; 2) Se mantuvo el trabajo disciplinar, desde el cual se criticó teóricamente a la política, y particularmente al marxismo; 3) Desde un punto de vista aparentemente filosófico, se impugnó la politización, dentro y fuera de la universidad. Acá la centralidad del pensamiento no recae en un solo nombre, lo que da cuenta del imposible cierre de la disciplina. Jorge Millas, Félix Schwartzmann, Humberto Giannini, nuevamente Rivano, son algunas de las firmas que aun hoy reconocemos como de las más relevantes de aquellos años, aunque posiblemente el devenir de Millas sea uno de los más paradigmáticos.

El último capítulo, titulado “La filosofía chilena durante el régimen militar, 1973-1989”, reescribe profundamente la distinción entre profesionalistas y críticos, pues la intervención de las universidades “mantuvo a los filósofos a cierta distancia”

(p. 282), salvo a aquellos que estaban dispuestos a colaborar con los cambios que se pretendían implementar y que, de hecho, se implementaron desde el poder, puesto que veían en la intervención militar “la tan ansiada restauración de la paz” (p. 283). El acoso al que fueron sometidos los filósofos, dio lugar a una nueva distinción, la de los oficialistas, cuya aparición, afirma Jaksic, “representa el cambio más importante ocurrido en el campo de la filosofía chilena después de 1983” (p. 290).

De asumir hoy un proyecto semejante al de este libro, es posible imaginar que el autor lo desarrollaría de otra manera. La historia intelectual ya no está necesariamente circunscrita a nombres y títulos, y las fuentes mismas han comenzado a ser pensadas y leídas de otra manera. No obstante, su riguroso trabajo con las fuentes primarias y secundarias –particularmente con el pensamiento filosófico mismo, que expone con una rara claridad–, así como las entrevistas con algunos de los filósofos al centro de *Académicos rebeldes*, le confieren una fuerza que, como señalamos al inicio de esta reseña, a más de veinte años de su publicación original, todavía permite interrogar nuestro aciago tiempo. Si la religión y la política fueron los discursos maestros que la filosofía tuvo que encarar, es dable imaginar, a partir de este libro, que hoy la narrativa con la que se enfrenta es el mercado, ya no una disciplina, sino la universidad en su conjunto, situación que espera todavía su propio libro. Pensar el mercado en conjunto con las anteriores narrativas maestras, permitiría tener al libro de Jaksic como un pilar de las discusiones que hoy deben realizarse.

Más problemático resulta la consideración de la historia de la filosofía desde sus puntos dominantes, puesto que tal proceder implicó la obliteración, por dar dos ejemplos muy notorios, de la obra de un Patricio Marchant o de la relevancia de la filosofía de Jeremy Bentham y el utilitarismo para las discusiones decimonónicas². El primero resulta central para la disciplina en los tiempos que corren, y las recientes publicaciones en su nombre son suficientes para dar cuenta de su relevancia, en la cual posiblemente Jaksic no supo reparar en su momento, dada la complejidad del escenario con el que cierra el libro.

Distinto es el caso de Bentham, quien –vía la filosofía del derecho– contribuyó en gran medida a formar el pensamiento de algunos de los nombres claves de la política universitaria en los tiempos de Bello –algunos incluidos en este libro– la mayoría formados en Derecho y teniendo como curso de cabecera el que Bello redactara sobre legislación universal, escrito fundamentalmente a partir del “ilustre Bentham”³, y que estuvo en uso por cerca de cuatro décadas. Jaksic, sin embargo, ha llegado a señalar que “la influencia de Bentham sobre Bello no podía ser sino muy limitada”⁴ y que si lo cita, es solo para refutarlo. Opinión difícil de aceptar si pensamos que todavía en 1850, Bello quería “amenizar” “la parte del derecho positivo que trata de delitos y penas, por un breve estudio de las luminosas teorías de Derecho Penal,

² Patricio Marchant, *Sobre árboles y madres: poesía chilena*, Santiago, Ediciones Gato Murr, 1984; Jeremy Bentham, *Traité de législation civile et pénale*, Paris, Boussange, Masson & Besson, 1802.

³ Andrés Bello, “Prospecto del Colegio de Santiago”, *Obras completas*, XXI, Caracas, Casa de Bello, 1982, 200.

⁴ Iván Jaksic, *Andrés Bello: la pasión por el orden*, Santiago, Universitaria, 2010, 78.

desenvueltas por Beccaria, Bentham, Rossi y otros ilustres publicistas”⁵. En este sentido, quienes se dedican a la historia del derecho en Chile no pueden sino señalar que “la influencia de Bentham está en todas las materias jurídicas de que se ocupó Bello”⁶. Junto a Egaña padre y a José Joaquín de Mora, Bello constituye parte del triunvirato que dio lugar a la educación republicana, y los tres eran grandes admiradores de la obra del pensador inglés, lo cual posiblemente contribuyó a definir la senda que tuvo que recorrer la educación en Chile y, en particular, la filosofía.

Para terminar este escueto comentario, queda resaltar los puntos más fuertes de *Rebeldes académicos*. En primer lugar, el hecho que la filosofía haya sido *la* disciplina desde la que se pensó (a) la universidad, pero también la sociedad en su conjunto, nos habla de la potencia de la que estaba investida. La filosofía, por tanto, tuvo a su haber la no siempre grata tarea de cuestionar el viejo orden y de afirmar uno nuevo; al hacerlo, la riqueza de su potencia se fue manifestando al emerger, desde ella misma, su propia crítica, situación en la que hoy se podría indagar a partir de sus efectos. En su acción, concluye Jakšić, generalmente el profesionalismo logró imponerse sobre las otras posibilidades, dándole vitalidad a un discurso especializado que la dictadura militar debilitó drásticamente. Desde entonces, parece que la reflexión universitaria se encuentra a la deriva, despojada no solo de su centralidad, sino de su misma pertinencia, pues cada día son menos las universidades que la incluyen dentro de sus carreras y de la formación general de sus alumnos. Si esta situación continúa, será la universidad en su conjunto la que terminará naufragando. En tal sentido es que la relectura de *Rebeldes académicos* bien podría ser uno de los urgentes libros que se necesitan para tratar de reencontrar el rumbo.

RAÚL RODRÍGUEZ FREIRE

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

⁵ Andrés Bello, “Memoria correspondiente al curso de los estudios universitarios en 1852”, *Obras completas*, XXI, Caracas, Casa de Bello, 1982, 90.

⁶ Fernando Murillo Riviera, “Discurso de Clausura”, *Andrés Bello y el derecho*, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1982, 36. Para una mayor apreciación de la influencia de Bentham en Bello, ver en este mismo libro, Alamiro Ávila Martel, “La filosofía jurídica de Andrés Bello”, 41-62.